

La calle  
Diario de un espectador  
París, te amo  
por miguel ángel granados chapa

para el martes 26 de junio de 2007

Habrà quien la desdeñe suponiendo que se trata simplemente de una sucesión de tarjetas postales sobre la Ciudad Luz. Pero, a pesar de que es inequívoca la sensación de que se trata de una promoción turística, este ejercicio en que veinte directores filmaron cada uno alrededor de cinco minutos para lograr 18 historias ocurridas en igual número de distritos parisienses es una obra de arte entretenida y profunda, al mismo tiempo que trivial y obvia. El resultado se resume en un frase repetida millones de veces: *París, te amo*.

Un joven cineasta, Tristán Carné, tuvo la idea de convocar a realizadores representativos de diversas sensibilidades cinematográficas, de distintos países, a que filmaran breves relatos, casi todos relacionados con alguna manera del amor. Acudieron al llamado de Carné los hermanos Cohen, Ethan y Joel; Gus van Sant, Guriden Chadha, Silvain Chamet, Vincenzo Natali, Isabel Coixet. Tom Tykwer, Alexander Payne, Walter Salles, Wes Craven, Olivier Assayas, Frederick Auburtin, Christopher Doyle, Richard LaGravenase, Bruno Podalydés, Oliver Schimit, Nobuhiro Suwa, Daniela Thomas y el mexicano Alfonso Cuarón (cuya historia ocurre en el entrañable Parc Monceau, no lejos de la Ciudad Universitaria de París).

Los relatos son dispares, desde su concepción hasta su realización. Hay dos o tres surrealistas, oníricos o fantasiosos que no cuentan entre los más logrados. Hay otros en cambio que resultan de un realismo descarnado sin acudir a efectismos estrujantes. El mejor ejemplo de este género es el de la joven mujer latinoamericana que deposita a su chiquita recién nacida en la guardería de un barrio en la periferia, no sin cantarle una canción de cuna. Emprende enseguida un prolongado viaje en autobús, en Metro y en el tren suburbano, a través de los cuales llega a un enorme departamento en un distrito de lujo, donde trabaja de niñera, por lo cual a la bebida a su cuidado le musita igualmente la nana que horas antes entonó a su hija.

Procedentes del remoto pasado vemos llegar a un café del Barrio latino a Gena Rowlands, que espera a Ben Gazara, con quien filmó no pocas cintas hace cuarenta o más años. En este episodio, cuyo guión fue escrito por ella misma, hacen de integrantes de una pareja separada mucho tiempo atrás pero que ahora apenas está por firmar el divorcio. Oscilan entre la nostalgia y el realismo, pues cada quien tiene un nuevo acompañante, más joven que ellos mismos. Cuando se retiran, el patrón del establecimiento, Gerard Depardieu, que dirigió el episodio, rehúsa el pago de la cuenta, como una cortesía de la casa.

No fueron cortesías, en cambio, los muchachos que asaltaron a un inmigrante nigeriano y lo golpearon hasta causarle la muerte, que no puede evitar un servicio de asistencia a los extranjeros. Ni el adolescente enloquecido de celos que asestar una felpa a un desconcertado turista que espera el paso del convoy en una estación de Metro y, a pesar de que la guía que lee a cada paso le ordena no mirar a los ojos directamente a nadie, lo hace con la desparpajada compañera del violento, tan desparpajada que le da un beso para enfurecer a su salaz novio, lo cual consigue y genera la golpiza al visitante que no se explica bien a bien qué pasa.

Ocurre al final uno de los momentos más conmovedores de la cinta. Se trata del monólogo interior de una turista norteamericana (en Denver trabaja repartiendo correspondencia en el correo local) que desearía tener alguien con quien por lo menos comentar lo que ve. Se halla en el cementerio de Montparnasse donde, según lee en su manual, está la tumba de un dictador mexicano, Porfirio Díaz, y una pareja famosa, integrada por Jean Paul Sartre y a quien ella nombra Simón Bolívar, en vez de Simone de Beauvoir.